

## CAPITULO XI

### *Chorrillos y Miraflores*

- I El Ejército peruano y sus posiciones.
- II El Ejército chileno en Lurín.
- III Bosquejo general de la batalla de Chorrillos.
- IV Batalla de Chorrillos.
- V El armisticio.
- VI Sorpresa de Miraflores.
- VII Ocupación de Lima.

#### I

*Esfuerzos de Piérola  
para salvar a Lima*

Será una historia curiosa, que no se ha escrito, la que relate los esfuerzos de Piérola para organizar el gran ejército que defendió a Lima. Entonces habrá que referir los sacrificios que hizo para adquirir las armas en Europa y en los Estados Unidos, y conseguir hacerlas pasar por el Istmo de Panamá, vigilado por los agentes de Chile; sustraerlas después a la persecución de los cruceros chilenos, ponerlas en tierra en el primer puerto que tocaban, y luego enviarlas a Lima en acémilas por caminos mediterráneos para librarlas de un golpe de mano, como lo había intentado Martínez en Ilo y Lynch en Supe. Cuando se haga el balance justiciero de la Dictadura se dirá que Piérola proporcionó a su ejército posiciones de primer orden, que lo dotó de cuanto necesitaba, porque sin tener un equipo de lujo estaba vestido con decencia y provisto de las mejores armas modernas; que levantó el espíritu abatido de su país haciéndole concebir esperanzas de triunfo, pues llegó a ser general en Lima la convicción de que el Perú encontraría su revancha y Chile su tumba a las puertas de la capital. Pero, como no hay cuadro sin sombras, dirá también que el Dictador no olvidó su papel de caudillo; que subordinó a la exhibición aparatosa y bombástica el sacrificio silencioso y abnegado; que infatuado con la omnipotencia del poder absoluto, desdeñó toda cooperación y no consultó a nadie creyendo que de nadie necesitaba.

El ejército peruano de la capital se dividía en dos grandes fracciones: una de línea, otra de Reserva. La primera se organizaba desde el tiempo de Prado, con la base de los soldados veteranos que habían tomado parte en las campañas del sur y de casi todos los oficiales del escalafón anterior a la guerra. Los cuerpos por lo general se completaron en las provincias interiores y se disciplinaron en la costa y todo tenían algún tiempo de vida de cuartel. En cambio la Reserva era el levantamiento gremial de todos los ciudadanos aptos para cargar armas residentes en la capital, de cualquier condición o estado, agrupados por oficios o profesiones, de tal

*Ejército gremial*

modo que el batallón tal correspondía al cuerpo judicial y se componía de jueces, notarios, receptores, etc.; tal otro, de médicos y abogados; éste, de zapateros; aquel, de los comerciantes al detalle, etc., y de ese modo se habían reunido diez a doce mil hombres, con poca instrucción, pero con bastante entusiasmo. El ejército de línea se encargaría de defender las posiciones de Villa-San Juan; la Reserva, la línea de Miraflores. Era generalísimo de ambos el Dictador, y Jefe de Estado Mayor General, el de este grado, don Pedro Silva.

*El Ejército de línea  
y el de reserva*

La fracción de línea se subdividía en cuatro Cuerpos de Ejército regidos, el primero por el coronel don Miguel Iglesias, Ministro de la Guerra de Piérola, hacendado respetable del norte del Perú, destinado a tener una vasta figuración en la solución de la contienda; el segundo, el Coronel Suárez, el Jefe de Estado Mayor de Buendía en Dolores y Tarapacá; el tercero, el Coronel Cáceres, que había dado brillantes pruebas de su patriotismo y valor en todas las anteriores funciones de armas; el cuarto, el Coronel Dávila, conocido desde la Campaña de Tarapacá. El Ejército de Reserva constaba de otros dos Cuerpos de Ejército, mandados por civiles, creados coroneles para ese efecto, don P. Correa y Santiago y don S. Orbegoso, y su jefe superior era el coronel don Juan M. Echenique. En el de línea figuraba en un puesto elevado don Guillermo Billingham.

Cuando la Reserva se estableció en las líneas de Miraflores, Lima quedó sin guarnición, pues aun la policía fué enviada a las filas, y no tuvo otro jefe que el alcalde de la municipalidad don Rufino Torrico, el cual organizó una guardia de orden con los comerciantes extranjeros.

El ejército de línea, primera y más eficaz defensa de la capital, ocupaba una cerrillada de varios kilómetros, con prominencias intermedias, que empezaban por el sur en el Morro Solar y terminaban, por el Norte nominalmente, en Monterrico chico, fortificado con ocho cañones; pero la resistencia principal se encontraba en el espacio que separa el Morro Solar del abra de San Juan. Es muy difícil dar una idea somera de esa línea formada de cerros, cuyas crestas peladas y cubiertas de arena, presentaban el perfil en miniatura de la cordillera de los Andes, con altos y bajos, con quebradas intermedias y picos salientes que variaban entre los 56 y los 176 metros sobre el nivel del mar; muralla artillada con más de cien cañones y veinte ametralladoras, que concentraban sus fuegos sobre la

*Posiciones del Ejército de línea*

planicie del frente, glacis tanto o más peligroso que el de Tacna, que era necesario atravesar, como éste, a pecho descubierto para penetrar a sus quebradas zanjeadas o para escalar sus cumbres defendidas con reductos horizontales, en escala. La muralla tenía dos hendiduras que comunicaban ese glacis llamado Tablada de Lurín con el valle situado a la espalda de aquella, en el cual lucían su belleza tropical y los atractivos de su lujo y opulencia los balnearios satélites de Lima, Chorrillos, Barranco, Miraflores. Una era estrecha, la de Santa Teresa, situada entre el Morro Solar y la línea de Iglesias. Corría por ella un canal que fertilizaba los campos de la hacienda azucarera de Villa, que era un oasis avanzado en el glacis solemne y árido de la Tablada de Lurín. Otra puerta más amplia tenía la gran muralla; era la de San Juan, custodiada por dos altos cerros de 168 metros el uno y de 176 el otro. Como el objetivo militar de Baquedano era penetrar al valle, esos puntos tendrían que ser los sitios preferidos del ataque, y en efecto así sucedió. Coronaban esta línea nueve prominencias que eran otras tantas fortalezas. Cada una tenía en su base una trinchera hecha de

sacos de arena con una zanja horizontal por detrás, que hacía invulnerable al soldado mientras descansaba o renovaba sus municiones; a media altura otra abertura análoga, y en la cumbre, en plataformas arregladas ex profeso, cañones o ametralladoras. Los fuegos de esos escalones sucesivos eran convergentes de alto a bajo. El frente de Santa Teresa y de San Juan, estaba sembrado con granadas de a 70, que estallaban con la presión del pie sobre la espoleta que quedaba al nivel del suelo cubierta con arena espolvoreada para que no se viera. En la casa de la hacienda de Villa, había un batallón; dos a ambos costados del abra, los restantes en cada uno de los nueve cerros que hay entre Villa y San Juan. En este último lugar la defensa era mayor si cabe. Los costados del portezuelo estaban protegidos con tropas de todas armas. El Generalísimo debió comprender que era el punto débil y concentró en él todo el poder de la defensa. Batallones en el plan, a media altura, cañones en las cumbres, el suelo sembrado de granadas; nada se omitió para hacerlo inexpugnable. Esta era la línea de Villa-San Juan.

*El Morro Solar*

El Morro en que se apoyaba la derecha de Iglesias es un cerro contiguo al mar, de 275 metros, semejante al de Arica, pero más grande, más amplio, capaz de acoger en su cima erizada de cañones si no todo, la mayor parte del cuerpo de ejército que se batía al pie de él. Los senderos labrados en sus faldas estaban dominados por cañones de varios calibres y por ametralladoras que disparaban de arriba abajo, y en las plataformas del alto se veían piezas de diferentes dimensiones que cubrían con sus fuegos al valle de Chorrillos y el acceso a las abras de Santa Teresa y de San Juan. El mar lamía los cimientos del Morro a semejanza del de Arica, y como en éste, se recostaba dulcemente en su torso de piedra por el norte la población de Chorrillos. Sus costados eran bastante abruptos y una línea de cerros de menor altura lo unía con las posiciones de Iglesias y de Cáceres, de tal manera que, haciendo una comparación, podía considerársele como un castillo colocado en la extremidad de una gran muralla cortada en dos partes. Los elementos de defensa del Morro Solar y del de Arica tenían mucha analogía; en ambos había fuertes con murallas de tierra y de sacos de arena; reductos en varias partes; fortificaciones más serias en otras; cañones con campo de tiro sobre el mar, sobre el valle, sobre las abras y sus vías de acceso.

*La línea de Miraflores*

Atropellada esta gran línea del Morro Solar —Villa—San Juan— el ejército vencedor no tenía aún franco el paso a Lima. Necesitaba asaltar una segunda, menos fuerte por la naturaleza, pero más por la acción del hombre, la de Miraflores. Por lo mismo que se extendía en terreno plano se había gastado mayor esfuerzo para hacerla inexpugnable. Empezaba en el borde del mar en un fuerte sólido y perfectamente defendido llamado "Alfonso Ugarte" y corría al oriente, cubriendo a Lima, con una serie de tapias bajas, aspilleras, para disparar de mampuesto, construídas a lo largo del cauce del río Surco. Cada ochocientos metros se alzaba una fortificación semicircular, de tierra pisoneada, con zanjas, provista de ametralladoras o cañones de campaña. Había seis de éstas, incluso la ya nombrada.

*Poder de resistencia de las fortificaciones peruanas*

No puede desconocerse que Piérola hizo por Lima cuanto era humanamente posible. Los medios de resistencia que le proporcionó eran casi inexpugnables; más poderosos que los de Tacna, casi tanto como los de Pisagua. Con razón te-

nía absoluta seguridad en el triunfo y pudo escribir con despecho a su amigo Tenaud después de Chorrillos y de Miraflores: Estas batallas no se perderían en parte alguna. Lo mismo le decían los que visitaban las líneas. A principios de enero invitó a recorrerlas al almirante Du Petit Thouars, el cual se expresó así: *¡No hay ejército que pueda tomarse esto!* Quizás Piérola incurrió en errores de detalle, si bien los que se han calificado de tales son muy discutibles. Así, por ejemplo, Vicuña Mackenna hizo la observación que ha sido después muy repetida por los escritores peruanos que la línea era débil por ser demasiado extensa. La crítica tendría fuerza si los chilenos hubieran dispuesto de un ejército muy superior en proporción, ya que es axioma de ciencia militar y de sentido común que el asaltante de posiciones fortificadas necesita tener doble o triple número más del que las defiende, lo que no sucedió ni remotamente en la batalla de Chorrillos.

Si había debilidad en esas posiciones consistía en otra cosa. Piérola fundaba tales esperanzas en las bombas automáticas, y exageraba de tal manera su poder para infundir confianza que el soldado peruano les cobró verdadero terror y por nada se habría aventurado en el campo minado, lo que lo condenaba a una defensiva absoluta. Esto no tuvo importancia en la batalla de Chorrillos porque no se presentó la oportunidad de que saliera de sus trincheras sino por un momento en su extrema derecha, en un sitio libre de minas, pero la tuvo y mucho después, porque contribuyó en gran parte al abandono en que quedaron los heridos peruanos, pues ni los ambulantes ni las familias se atrevían a recogerlos, por no atravesar los campos sembrados de bombas. Una relación colombiana bien informada lo dice así, y su aseveración está corroborada por muchas otras. En ella se lee:

*Efecto contrario de las bombas automáticas*

“Las bombas ocultas en la tierra estallan al sufrir presión y producen el formidable efecto de una mina. El inmediato y costoso descubrimiento que hicieron los chilenos no les arredró. En las cargas y a la bayoneta tomaron las alturas, pero esas funestas bombas estaban destinadas a hacer inmensa la desgracia de los infelices heridos que quedaron en el campo, pues a causa del terror inspirado por explosiones súbitas que destrozaron a hombres y mujeres, que buscaban a sus deudos, nadie se atrevió a recorrer esos parajes en donde los heridos agonizaron al lado de cadáveres horrorosamente fétidos que ni perros ni gallinazos fueron a devorar”